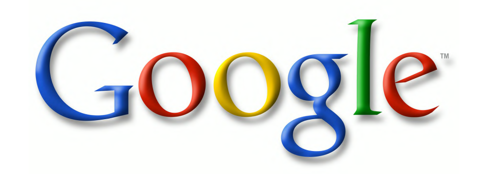
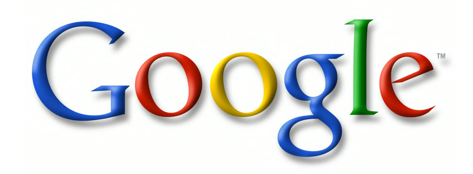
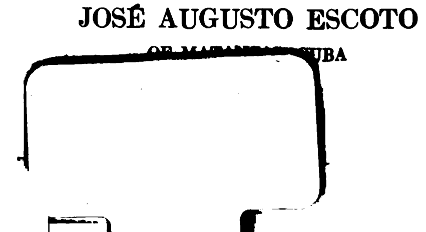
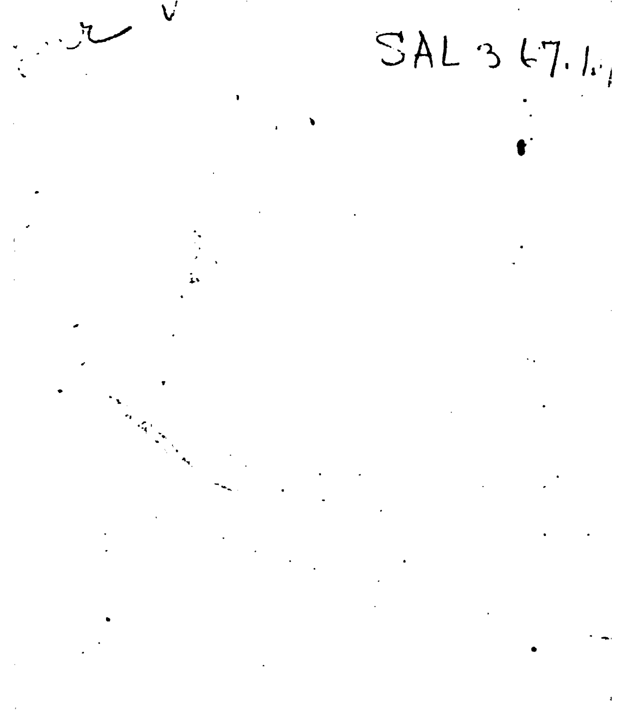








ESCARCHA

DEL MISMO AUTOR

Menudencias, críticas.
Quisicosas, sátiras y críticas (agotada).

EN PREPARACIÓN

Puntos y comas.

MANUEL MÁRQUEZ STERLING

ESCARCHA

CON UN PRÓLOGO

de

MANUEL DEL PALACIO

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
C. San Jerónimo, 2

1896

Est. tip. de Ricardo Fé, calle del Olmo, núm. 4.

DEDICATORIA

Sr. D. Manuel José Quintana.

QUERIDO *amigo: Si cometo un pecado al reunir en este pequeño volumen algunos de los artículos que tengo regados por los periódicos de América, culpa es de usted más que mía, porque usted me ha animado cariñosamente á ello.* ESCARCHA, *pensé que fuera un tomito mayor, pero (á consecuencia de mi gran abandono de lo que escribo) he tenido mil dificultades para conseguir los artículos incluídos, y me ha sido por ahora imposible encontrar otros que, Dios mediante, irán en un nuevo libro.*

Jamás he pretendido ser un crítico serio—ni á medias siquiera—y he procurado, tanto cuando ejercí de periodista en Cuba, como después que colaboraba en varias publicaciones del Nuevo Mundo, ser breve en mis jui-

cios, con la mayor concisión posible en el menor número de palabras: mis artículos resultan por eso muy cortos. Y no he tenido nunca que arrepentirme de esto, porque vivo plenamente convencido de que el público lee pocas veces un articulazo largo, atiborrado de intentos analíticos.

Acepte esta dedicatoria, como prueba de mi profundo afecto hacia usted. Perdóneme lo malo que note en ESCARCHA, *y no olvide cuanto le quiere su sincero amigo*

M. MÁRQUEZ STERLING

Madrid, Abril 18 de 1896.

CUATRO PALABRAS

ANTES DE EMPEZAR

POSIBLE será, lector desocupado y perezoso, (digno para mí de envidia y respeto por tales circunstancias), que el nombre de Manuel Márquez Sterling no haya llegado á tus oídos ni á tus ojos hasta hoy en que yo lo pronuncio, y lo ves impreso en la primera página de este libro; lo cual me probará que no eres diestro ni siquiera aficionado al ajedrez, pues si lo fueras, no había de serte desconocido quien pasa por invencible campeón en tan noble juego, que mu-

chos colocan á la altura de las matemáticas sublimes.

No le conocería yo tampoco, á pesar de que su apellido me trae á la memoria antiguos afectos y reminiscencias de cosas pasadas, si un cariñoso amigo de la juventud, al presentármelo una tarde, no me hablara al mismo tiempo que de sus victorias en el tablero, de sus aficiones y de sus polémicas literarias, de que daban fe dos pequeños volúmenes que al otro día tuvo la bondad de remitirme.

Por ellos ví que tanto como de menear las piezas del ajedrez con habilidad digna de Filidor y de D. Juan de Austria, gustaba el señor Márquez Sterling de menear los huesos de los poetas america-

nos, sus compatriotas, sin perjuicio de hacer lo propio con los de la península, y aun con los extranjeros, que para estos críticos á la moderna *todo son espaldas,* según decía el verdugo azotando *fuera de cacho* á un infeliz.

Ahora sería la ocasión oportuna para que algún escritor de los vapuleados buscara el desquite haciendo el análisis de las obras del Sr. Márquez, pero no encontrándome yo en este caso, y deseando solo presentarlo al público, con la seguridad de un benévolo recibimiento, que espero ha de ser pronto calurosa simpatía, me bastará indicar que es un joven que ha viajado mucho y estudiado no poco; que posee un fino espíritu

de observación y aptitudes nada comunes para la sátira; que profesa gran amor á nuestra lengua y nuestra literatura, y que así que se corrija de ciertos americanismos en que incurre por descuido y sin abrigar como tantos otros la pretensión de pasarlos por moneda corriente, logrará un puesto de preferencia entre los prosistas ultramarinos, de lo cual se holgará con él, quien cumplidas las ceremonias de presentación le deja entregado á los dueños de la casa, que espera le harán los honores con su habitual galantería.

MANUEL DEL PALACIO

PAISAJES MEXICANOS

I

¡MALTRATA, CINCO MINUTOS...!

Casi me había dormido, cuando un hombre de pequeña estatura, barrigón y en traje del país, metiéndose de improviso al coche, gritó con voz chillona:

—¡Maltrata, cinco minutos...!

Dí un salto, y luego, enderezándome en mi cómodo sillón, dijele á un caballero que, sentado al frente mío, hacía el papel de *cicerone:*

—D. Camilo, ahora empieza usted á gozar...

—Efectivamente—contestó D. Camilo muy satisfecho.—Pero yo le aseguro á

usted que paisajes como el que vamos á ver, pocos países los tienen. Eso sí, no asustarse porque el tren se encarame sobre las nubes ó cosa parecida.

En la estación de Maltrata se ve un populacho sucio, un tanto salvaje. Abundan los hombres con caras de imbéciles, y las mujeres cubiertas de harapos, llevando la prole mugrienta amarrada con trapos á la espalda.

El *Pico de Orizaba* lo teníamos delante: no se apartó de nuestra vista desde que salimos de Veracruz. Este hermoso é imponente volcán es de elevada estatura, y en su cima tiene un gorro blanco de payaso, formado por la nieve que, de enero á enero, le cubre: aquello parece la espuma de una inmensa copa de *champagne*.

A Maltrata la envuelve un enjambre de montañas gigantescas. Sobre una de estas montañas se divisa un hilo negro. D. Camilo, señalándolo, exclama entusiasmado:

—¿Ve usted aquel hilo negro? Pues esa es la línea férrea, por ahí hemos de pasar.

El tren dió un pitazo y siguió su vertiginosa carrera.

*
* *

No me dí cuenta de que subíamos. Cuando me fijé en ello, estábamos á una altura considerable. El tren corría menos cada vez. La máquina bufaba, como haciendo esfuerzos supremos para vencer la pendiente. Traqueaba la madera de los carros. A un lado, la espesura del monte; al otro, el abismo, y allá, en el fondo del abismo, el pueblecillo de Maltrata, como un tablero de damas asomando en lo infinito...

El cielo estaba hermoso: un manto azul le cubría de un lado á otro. El sol abrillantaba los árboles, y á través de éstos extendíanse sombras melancólicas.

Todo era sublime. Aquellas montañas, cada vez mayores, formando un gran círculo, nos muestran el paisaje desde todos los aspectos.

El tren, después de luchar dos horas con aquellas alturas, vence, y luego, in-

ternándose en un bosque, corre despavorido hasta la estación de la Esperanza.

¡Pintoresco paisaje dejamos á la espalda! Entre aquellos montes no se oye más ruido que el rodar lento del tren. ¡Qué infinita melancolía inspiran aquellos parajes sublimes, en donde la Naturaleza, al parecer indiferente, dió colores de suprema belleza á la cima y al abismo!...

*
* *

Vamos por un llano.

—Abríguese usted, que hace frío—exclamó D. Camilo.—Ahora un pitillo y luego á almorzar. Se almuerza en Esperanza...

¡Almorzar en Esperanza! Tal vez se coma en Desengaño...

El tren dió un pitazo y se detuvo.

Aún me parece oir la voz chillona del conductor que me despertó con estas palabras:

—¡Maltrata, cinco minutos!...

(Febrero, 1893).

II

ANTES, EN Y DESPUÉS DE ORIZABA

CUANDO me dijeron que estábamos próximos á Orizaba, sentí un placer indefinible. Seis horas de tren fatigan al más resistente. ¡Faltaban cuatro kilómetros!... Apenas adelantamos, un suceso extraordinario llenó de espanto á los pasajeros. El pueblo de Orizaba, rabioso, había salido á nuestro encuentro, y al divisar la juguetona locomotora que corría en *zig-zag* por los caminos, una descarga horrible brotó de aquel gentío.

Nos miramos los unos á los otros, interrogándonos con ligeras contracciones de nariz. ¿Acaso iría entre nosotros algún criminal?... Pero no, todos parecíamos personas muy decentes.

A un lado y á otro del camino, el pueblo había colocado palmas y farolitos de papel. Envolviendo al tren un oleaje humano, resonaron estas palabras que fueron el colmo de nuestro asombro:

—¡Viva el Sr. Obispo!... *(Salva de cohetes).*

Nos miramos nuevamente los pasajeros. ¿Tendría alguno cara de Obispo?

Llegamos, por fin, á la estación. El pueblo invadió los carros buscando al señor Obispo. No había en el coche más hombre lampiño que yo. Tuve miedo; pero nadie cometió conmigo ninguna extravagancia.

El conductor, encaramado en la plataforma, pronunció este elocuente discurso:

—Señoras y señores: Aquí no viene el Sr. Obispo. No traemos más que un sacristán de la iglesia de *Paso del Macho...* y gracias. El Sr. Obispo viene en el expreso. Aún tardará cuatro horas. He dicho.

Un murmullo de disgusto se convirtió bien pronto en algazara del populacho.

Unos dudaban, otros creían; pero el pueblo no abandonaba el andén. Un agente de policía, viendo que no lograba desalojar la estación, secundó al conductor en el uso de la palabra:

—Señoras y señores: Suplico á ustedes que se retiren silenciosos á la ciudad. Les doy mi palabra de gendarme de que el Sr. Obispo no viene en este tren... *(Una silba espantosa impidió continuar al orador).*

*
* *

Salimos de Orizaba. Dejamos la hermosa ciudad que se levanta á las faldas de un volcán. El tren desciende poco á poco. Atraviesa túneles de regular extensión. Nos rodea una gran profundidad. El puente parece una inmensa herradura. Debajo corre tranquilamente un riachuelo entre peñascos y matorrales, y allá, á lo lejos, precipítase alegre y retozón en una pequeña cascada, como un chorro de espuma entre los huesos de un esqueleto.

Cae la tarde. Asoma la luna entre los árboles.

El cielo azul empieza á obscurecerse. Escondido el sol, pequeñas estrellas serpentean el espacio.

La locomotora, pitando lujuriosamente, ansía llegar pronto al lugar de su destino.

Yo tenía mucho sueño. Al rato, la obscuridad era muy densa. No se ve nada.

Y me dormí como una piedra.

(Julio, 1895).

ZIG-ZAG

AQUÍ vivimos con la vista fija en el Viejo Mundo. El escritor, y más aún el crítico, necesita recibir, á través del Atlántico, brisas vivificadoras, alientos para proseguir el camino trazado. Imposible sería dedicarse en cuerpo y alma á lo que produce América en cuestión de arte, porque éste se mantiene débil y extraordinariamente adulterado con todos los vicios europeos y sin adquirir ninguna de sus ventajas. Ahí están Rubén Darío y otros Daríos de estas regiones, con una indigestión horrible de las *Flores del Mal* y con la patente de escribir, con irritante impunidad, cuanto disparate les asoma á la cabeza.

Y es lo grave, á mi entender, que mu-

chos de estos Daríos son escritores de talento á quienes, una extravagancia que ha tomado los caracteres de enfermedad epidémica, les lleva por el camino de la nulidad. Jamás he podido sufrir á un decadentista consumado como lo es Rubén Darío. Yo no me explico por qué una imaginación volcánica como la suya, se conforma á vivir en el vacío, escribiendo sin sentido y con vuelos de gallina.

Hay entre ellos raras excepciones, como Gutiérrez Nájera, por citar alguna escritor de genio, aunque difuso en ocasiones. No he leído de Rubén Darío nada comparable, ni con mucho, á la *Historia de un peso falso* de Gutiérrez Nájera, en donde este escritor mexicano traza con exquisitismo en la forma, párrafos de una brillantez admirable.

Considero, entre los escritores hispano-americanos que se han librado de la enfermedad decadentista, á *Micrós*, Angel de Campo, joven laborioso y escritor de muchos bríos. El reciente libro de *Micrós*, *Cosas vistas*, merece tomarse en cuenta

por ser *Micrós*, en mi concepto, uno de los pocos escritores, si no el único, que se dedica á dibujar con vivísimos colores la vida real de este país.

Tiene *Micrós* un don de observación delicadísimo. Posee condiciones para retratar, en un artículo á vuela pluma, lo que ve á diario, sin fatigar al lector y derrochando con maestría la cultura que ha adquirido trabajando sin tregua.

En *Cosas vistas* hay artículos dignos de un Mariano de Cávia. ¡Con qué ligereza están escritas muchas de sus páginas! Lástima que *Micrós*, una inteligencia completa, no viva lejos de este país, en tierras en donde el arte se estimula, para que recibiera impulsos que le serían muy provechosos.

*
* *

Rubén Darío es el escritor más dañino de América. El es el culpable de todos los desastres de nuestra literatura. Un joven de talento que sienta las ansias del

artista, se lee, antes de comenzar su tarea, el libro *Azul* del tremendo decadente. Por desgracia, lo natural es que el principiante se impresione con los desvíos de dicho libro, en el cual no escasean, seamos justos, bellezas inimitables. Pero *Azul*, en conjunto, malea al imberbe que empieza á escribir un cuento titulado *Las mejillas del mar*, pongo por título.

Una nave de algodón se mece sobre las olas. Un cabrito lanudo, que parece una nube abrillantada por los reflejos del sol en pleno meridiano, tira de la nave, que es una góndola veneciana. Dos seres que se aman se arrullan como tórtolas: ella es la duquesa de la Panocha. El cabrito corre por las olas como por un *campo de nieve*.

—¡Precioso argumento!—exclama el principiante—pero necesito colocar la luna en alguna parte.

¡Grave dificultad! ¡El quería también reflejos del sol que hieran las mejillas del mar!

—¡Tonto!—reflexiona.—Si en esta escuela literaria todo cabe. ¿Por qué no poner rayos dulces de la luna entrelazados con la luz fogosa del sol? Manos á la obra. Sólo faltan palabras nuevas que nadie haya usado.

«A un lado el sol. *Estremeábale* la luna, *dulceando* melancólica el brillo del cielo azul...»

¡Encantadora forma! ¡Qué imaginación tan potente! *¡Estremeábale la luna!* ¡Eso se llama escribir!

Y ya tienen ustedes cómo se pierde una inteligencia vivísima, con la perniciosa lectura de Rubén Darío, el cual, sentado á la diestra del Dios Padre del decadentismo, mira por sobre del hombro á tanto crítico necio que protesta de su influencia en la literatura hispanoamericana.

Hay admiradores de Rubén Darío que comparan los matorrales del campo, con las bayonetas de todo un regimiento de infantería. Sé de un literato cubano que hablaba del «apretado haz cortado á tra-

zos» que semejaba la concurrencia de una fiesta. He leído en una revista literaria que la luna es un cerebro pensante.

En fin, que esta dañina plaga necesita aniquilarse por las personas sensatas. Sin embargo, hay quien opina que esta literatura es la literatura del porvenir.

Preveo, pues, que nuestros descendientes van á disparatar de lo lindo. Lo cual empieza á tenerme completamente sin cuidado.

(México, 1894).

PARIS

NOTAS RÁPIDAS

LONDRES, la imponente y nebulosa Albión, me hizo el efecto de un bostezo interminable... De ahi que al verme en pleno París, rodeado de este gentío inmenso que recorre alegremente los *boulevares*, la capital francesa me hace el efecto de una estridente carcajada...

Aquí se vive feliz. El que no... lo finge y da lo mismo. Nosotros venimos de América totalmente aburridos, y aquí... tal parece que respiramos con más libertad. Allá tenemos cosas, si no mejores, por lo menos iguales á las de París. Sin embargo, París domina por *su estilo*, por la gracia y la suprema elegancia de sus cosas. Es para mí, cuali-

dad distintiva en los franceses, el hacer la excepción de lo vulgar, de lo feo lo bello, de lo triste lo alegre.

París se hizo para las grandes imaginaciones, y en él debieran vivir todos los grandes poetas. Lo brutalmente real se toca con lo aéreo y lo espiritual...

Tengo grabada en el corazón la infinita melancolía del bosque de *Boulogne* y los *Campos Elíseos*. ¡Ay! Cuántas veces me ha parecido ver entresalir de aquellos árboles espigados y burlones, la enorme silueta de un trozo de cielo en forma de mujer, que se desliza suavemente por el arco de *Triunfo*, llega á la plaza de la *Concordia* y se pierde luego entre las primeras brumas de la noche y los últimos reflejos de la tarde...

*
* *

Los hijos del Nuevo Mundo debiéramos venir á París muy frecuentemente. Aquí se pierden las malas costumbres y peores hábitos del terruño. Todos llega-

mos pálidos, endebles y... enamorados. Al mes de estar en París ya se varía de aspecto, y el corazón se hiela y la memoria se nubla. Es altamente ridículo pasearse por el *boulevard* de los Italianos, ir al paraíso del gran teatro de la Opera, sorprendiendo el alba entre vahos de lujuria y copas de licor, y tener al mismo tiempo la mente al otro lado del Atlántico, fija en una criollita color de cobre, ojerosa, que esparce el ánimo con el mejor de sus amigos.

Así tengo algunos amigos en este gran París, que viven soñando con su novia, la que dejaron *en el pueblo*. ¡Pobrecitos! Llevan el retrato parduzco en la cartera, lo miran á la luz incandescente de los grandes paseos, y entre mirada y mirada, se dan apretones con las muchachas guapas, enrojecidos de vergüenza, pensando:

—Si la *pobre* Maricusita me viera...

Y así los hay aquí por docenas: tontos, pero tontos de capirote, perdiendo la vida y la juventud en el recuerdo hones-

to de alguna ingrata de *allá*... mientras París se divierte lujuriosamente, elevando al cielo un himno delicioso de alegría...

(París, 1895).

LA HIJA DEL RIMAC

—

FANTASÍA

I

PARECÍA aquello un sueño color de rosa como los sueños del inmortal poeta del *Idilio*.

Decían los amigos del Rimac, los que pasaban las tardes sobre el puente mirando la cascada y oyendo el choque del agua en los peñascos, que Carmela, pobre joven, rubia, encantadora, que vivía sola á orillas del río, era huérfana de padre y madre. Yo he sabido que su padre era el Rimac, y registrando en mi memoria, he encontrado la historia de aquella juventud marchita por la miseria.

Su choza era pequeña como la choza de una bruja, acariciada noche y día por

la corriente interminable del Rimac. Carmela vivía triste, pero tranquila. Esperaba la puesta del sol para sentarse sobre las peñas á estrujar su destrozada ropa, pretendiendo en vano desmancharla. El Rimac, gozoso de ver á la hija de su alma, sonreía, salpicando las hebras de su cabello rubio...

II

Precioso aspecto. A un lado, Carmela; al otro, la exuberante vegetación del campo. A lo lejos, por una llanura, se ve cruzar un tren con rapidez. La tarde soñolienta, se aleja, dejando que la noche invada el horizonte...

¡Pobre Carmela! Temerosa de verse sola se encierra en su casita... Y entre tanto, el Rimac ruje entre las peñas, como si cuidara noblemente de su hermosa hija.

Carmela duerme.

Y el Rimac, siempre despierto, brama de noche como de día... incansable y celoso como el más amante de los padres.

III

El Rimac corre con furia y sus aguas chocan violentamente contra la casita de Carmela. ¿Querrá desplomar aquella jaula miserable? El sol hiere con sus rayos las endebles paredes. Llega la tarde. Una monotonía irresistible lo domina todo. ¿Y Carmela? Carmela no está en la peña, que desaparece á ratos entre las aguas del Rimac...

¡Ah, ingrata hija del Rimac! Carmela abandonó á su padre sin dirigirle antes una palabra tierna de consuelo. Carmela ha huído con un amante...

El Rimac, en lenguaje claro, pronunció su fallo con intensa amargura:

—¡Pobre hija mía! Pronto estarás de venta, como otras muchas que hay de venta por el mundo...

(Habana, 1891).

SOLFEO

ALGO tarde ha llegado á nuestras tierras el precioso libro *Solfeo*, críticas de *Fray Candil*. Un sarcasmo de la suerte, ó una aberración de los libreros mexicanos, nos trae muy pronto las obras de Peña y Goñi, por ejemplo, y á los dos meses de publicada una obra de *Fray Candil*, cuando la prensa extranjera bate palmas en pro del literato cubano, apenas si llegan dos ó tres ejemplares... *de muestra*. Y es el caso que los aficionados á lo bueno nos peleamos en plena librería, porque no nos alcanza apenas á cuaderno por persona. Lo cual es muy grato para el autor del libro, porque ello prueba que no son pocos los admiradores que cuenta en esta apartada región.

La costumbre aquí es que de cada libro se vendan seis ejemplares... siete cuando mucho. Y aún así, hay autores que quedan del todo satisfechos. En la Habana padece el público literario de lo mismo. *César de Madrid* publicó un folleto, y me consta que Wen Gálvez y yo fuímos los únicos compradores de aquello... Y el crítico, totalmente contrariado, no nos propinó los *entremetz* de su banquete literario. *(César de Madrid* nos lo anunció así, como banquete).

—¡Nada, pensaba el eminente publicista, esta gente de la Habana está con una *desapetencia* terrible!...

Y tiene aplazada la continuación de aquel banquete que principiaba... ¿con sopas de macarrones, creerán ustedes? ¡Cá! Con los postres, con *Frutos coloniales.*

***

La lectura de *Solfeo* sería muy provechosa á los que viven aquí creidos de que llamar mal poeta á un caballero que lo

sea, es una falta de urbanidad y un rasgo de malquerencia y pésima intención. Y lo que sucede con los poetas sucede lo mismo con los prosistas. López Bago llegó no há mucho diciéndonos que su novela *La buscona* es cosa del otro jueves, y nadie le ha salido al encuentro diciéndole:

—Caballero López ó caballero Bago, como usted guste, su novela *La buscona* es un adefesio y usted escribe mal y piensa peor (1).

¡Cá! Eso sería faltar á la urbanidad. D. Enrique Pérez Valencia nos ha dicho también que su poema *Reliquias* vale muchísimo, y he sido yo el único en romper lanzas con la urbanidad literaria de estos críticos.

***

Pocos escritores tenemos en nuestra lengua, por no decir que no tenemos nin-

(1) Más tarde el Sr. López Bago le buscó los tres pies al gato y se llevó un susto respetable.

guno, que gocen de la independencia de *Fray Candil* para decir las del barquero á los de arriba como á los de abajo. Esta independencia, que constituye la parte principal de su personalidad, le lleva por derroteros muy arduos, porque eso de pasarse la vida pegándole á los sinsontes y demás pájaros del arte, no sólo proporciona una serie de disgustos sino que transforma el caracter, imprimiéndole un sello tremendo de pesimismo.

Por eso, *Fray Candil* vive aburrido de la sociedad, aburrido de todo, sin encontrar con abundancia cosas buenas. Efectivamente, lo bueno escasea; pero, en mi sentir, *Fray Candil* ve las cosas peores de lo que realmente son. A través de su humorismo, humorismo amargo las más de las veces, deja entrever el fuego de sus apasionamientos, el cual le lleva á bloquear obras que no son del todo malas.

* * *

En *Solfeo* hay una serie de artículos en los que Bobadilla enseña un escalpelo analítico que le hace superior. En el artículo sobre Guy de Maupassant hay un caudal de observación de que antes no hacía gala el Sr. Bobadilla, y la nota tierna toma cuerpo cada vez más en el simpático crítico cubano.

En *Triquitraques*, Bobadilla adolece de alguna afectación. En *Solfeo*, la naturalidad subyuga al lector. Hay en esta nueva serie de artículos, rasgos de un ingenio sobresaliente; vibra en sus paginas la nota harmónica de su encantador estilo Y cuando lleva al lector á *Monasterio de Piedra*, lo sienta á la sombra de un frondoso nogal, y contempla entusiasmado la hermosa catarata... se sienten las impresiones y las fatigas del viaje.

¡Felices los que, como *Fray Candil*, no sólo son artistas, sino que saben serlo!

(Mexico, 1894).

¡MUERTOS DORMIDOS!

Don Fulano de Tal, digo, D. Miguel Eduardo Pardo, no sé si correspondiente de la Real Academia, persona muy conocida en Caracas y particularmente en la imprenta del *Cojo* (?) ha publicado un libro con el título de *Volanderas*.—¿Habráse visto cosa igual?—exclamaba mi portera cuando yo se lo decia.—No, no se ha visto ni se verá... en nuestra lengua, le contestaba yo.—Pero, señòrito, ¿quién es ese D. Miguel Eduardo Pardo?—Yo no lo sé bien, pero me consta, ó casi me consta que era un caballero que escribia en *El Hogar*, de la Habana, que publicaba versos titulados *Pétalos*, y que en uno de ellos decía:

esos «MUERTOS DORMIDOS» *son*,

poco más ó menos, porque no recuerdo bien la forma; pero lo que sí puedo asegurar es que decía: *muertos dormidos* —Y ¿qué clase de muertos son esos?—No sé; creo que así se muere la gente en Caracas...

*
* *

Tal me hizo quien me hizo, y tal seré mientras no deje de ser. Apenas el Sr. *de* Pardo publica algo, ya me falta á mí el tiempo para irle con el chisme á la portera. Y así he logrado que la buena mujer forme un concepto del Sr. *de* Pardo... que lo menos cree que es un energúmeno.

Volanderas, libro escrito con la mayor presunción, es un acopio de cosas que se han dicho repetidas veces en todos los tonos. Escribir como el Sr. Pardo, es la cosa más fácil del mundo. Tomar los chistes de los almanaques, hacer cuentos nada originales, pero sí mucho peores que los de Enrique Sepúlveda—lo cual tiene su mérito—imitar sin reparo á to-

dos los escritores festivos de Madrid... y poner muy poca cosa de su cabeza; eso, francamente, lo hace hasta la portera; es un decir.

Perdóneme el Sr. *de* Pardo, pero abandonar la patria lejana, empobrecida por los disturbios políticos, virgen de explotación agrícola, para venir á Madrid y propinarnos tales *Volanderas*... no lo comprendo. O usted está malo ó... el demonio que lo entienda.

*
* *

Es muy común, entre los escritores americanos de pocos alcances, hacer pucheros estilo Becquer, ó improvisar gracias estilo Taboada. El Sr. *de* Pardo pertenece á los últimos, que no sé si son los peores; puede que sí. Muchos de los artículos de *Volanderas* parecen aspirantes á la sección *De todo un poco* que Taboada publica, desde hace mil años, en el anciano *Madrid Cómico*. La imitación, en sentir de un célebre crítico español, sólo es tolerable cuando supera á lo imi-

tado. Ahora, cuando lo imitado supera extraordinariamente á la imitación, como en el caso presente... *¡apaga y vámonos!*

*
* *

No es *Volanderas* un libro al que pueda dedicarsele un artículo largo... ni siquiera en serio. A dedicarle estas cuartillas me obliga, el compromiso de hacer correspondencias literarias para América.

Porque, oiga usted, Sr. *de* Pardo; América no puede pasarse el tiempo sin mis articulejos. Allá dicen que son mejores que los del autor de *Viajeras*.

Ha poco recibí un telegrama del director del *Diario del Hogar*, de México, que decía:

«¿Qué opina usted de los artículos de D. Miguel Eduardo Pardo?»

Mi respuesta no puede ser más encomiástica:

«¡Muertos dormidos!»

(Madrid, 1895).

LOS QUE NO SABEN

PERO... ¿y usted qué sabe de eso? Tal me provoca decirle á un sujeto que habla de todo sin saber de nada, cuando dá en la flor de visitarme con el criminal objeto de discutir la teoría transformista de Darwin, pongo por tema, ó sobre cualquiera otro de las mismas ó parecidas dificultades.

La gravedad del caso es que, á mi entender, este tipo no es más que uno de tantos, á él reflejo de una cantidad incalculable de majaderos, que viven en el mundo extraordinariamente satisfechos de su talento, gracia, erudición y hermosura.

No puede andar por la calle sin un paquete de periódicos bajo el brazo. Llega

al café, se sienta con mucha petulancia; le ponen nervioso los ripios de un verso que lee... y se dispone á dar una conferencia sobre los malos poetas. Cita autores ingleses que no conoce, autoridades que á veces confunde, y dice: «Ganot en su *Tratado de literatura*...» siendo así que Ganot escribió un *Tratado de química*... y otras mil barbaridades del mismo tenor.

Un día por poco reviento de risa. Hablaba el genial conferencista, de la batalla de *Trafalgar*, colocando en ella á cuanta gente quiso y alguna que, en aquel entonces, aún tardaría algo en venir al mundo. El orador hundía las manos nerviosamente en su cabellera, y cada vez que la sacudía, un cúmulo de ideas brotaba de aquel cerebro prodigioso.

«Nuestro inmortal Chueca—empezó un período—nuestro inmortal Chueca que sucumbió heróicamente en aquel glorioso período de nuestra historia...»

¡Horror! ¡Churruca será, pues, el mú-

sico de *La gran vía* y *De Madrid á París!* ¡Churruca poniéndole música á aquello de

Go-lon-drinas de amor

. . . . !

¡Lo que puede la pedantería de ciertos tontos! Y á estas personas se les llama luego «*el aprovechado y estudioso joven* don Fulanito de Tal»...

*
* *

Después del transformismo, el tema predilecto de los pedantes suele ser Emil Zola, porque pretenden que aún domine *El Conde Montecristo*, con el encanto de sus hechos prodigiosos y la palidez de su rostro.

Un libro de Zola... no lo leen ni aun cuando usted les dé dinero encima. Pero eso sí, á la hora de juzgarle son ellos los primeros en hablar.

No olvidaré jamás una tarde que, en pleno café de *Tacón*, discutían dos... *monos sabios*, el mérito de las obras de Zola.

Uno de ellos, tal vez el menos bruto, se puso de pie y dando golpes en el mármol de la mesa, dijo lo siguiente:

—No me negará usted, querido amigo y compañero *(compañero de cuadra?)* que leer á Zola, es *bañarse* en tocino, como quien dice. Su *mejor novela* (?) *El vientre de París*, pone los pelos de punta; los escupitajos de *Germinal*, revuelven el estómago. No soy partidario de esas lecturas. Ahí está Bulwer Litton con su *Dione*, Víctor Hugo con sus *Miserables*, y otros, invitándonos á lecturas sanas, lecturas que pudiéramos decir metafóricamente, que huelen á malvas. La literatura castellana se ha maleado mucho con la influencia de la francesa que, si antes era buena, hoy peca de mala. El único escritor sobresaliente que tiene Francia, un tanto parecido á Pérez Escrich, el inmortal Pérez Escrich, es Javier de Montepin, algo así como un dechado de ingenio y *moralidad*...

*
* *

Citar casos parecidos sería llenar un libro y no concluir, ni con mucho. Porque la gente que así habla, es la gente que abunda.

Lo viejo por ser viejo, para ellos, tiene que ser lo mejor. No conciben que un libro sea bueno estando su autor vivo. No creen en nada lógico, sino en lo vulgar. Sus opiniones, fundadas en cosas nimias, son opiniones de criado.

Y hasta mi criado—que es hombre serio y discreto—le dice á un amigo mío muy pedante cuando dá su opinión sobre la belleza de la puerta:

—Pero... ¿y usted qué sabe de eso?

(Habana, 1891).

¡POBRECILLO!

CUANDO llegastes... ¡ay! no sé lo que sentí. Me pareció que eras otro; me pareció que en tu semblante había huellas de tristeza, pero tristeza honda, tristeza de lo que dejabas. La vida se me antojó un caos en aquel instante supremo. Pero, al verte andar con tu varonil firmeza, acentuando las pisadas en la madera tosca del muelle, cuando tirastes la maleta y corristes hacia mí... cuando me ví por tus brazos estrechada pensé con alegría: «¡Es mi Ernesto, es el mismo!» Sí, gocé un instante, pero la idea de que no eras el mismo me asaltó nuevamente. Mi tristeza fué cosa visible. Tú, mi padre, mis amigas, todos me preguntaban: «Pero ¿y tú qué tienes?»—Na-

da, respondía yo secamente, y á veces ocultaba el rostro enjugándome una lágrima. Para distraerme te pusistes á contar episodios de tu viaje á Londres y me distes un curso de pintura. Hablabas de que los *pre-rafaelistas* eran tu encanto, de que te gustaba el estilo de Millains, de que éste tenía un cuadro llamado *¿Sí ó no?* y... de no recuerdo qué otras cosas. Perdóname, perdóname si te molesto, pero ¡cuánto me aburrían aquellas relaciones! Yo quería que habláramos de nuestro amor, que recordáramos cuando paseábamos juntos á orillas del Almendares, cuando tú me querías y tenías miedo de confesármelo... ¡No lo pude lograr! Te dió otro día por hablarme de una gran cantante que conocistes en París. Aquella mujer de talento, coqueta, engañadora, según la pintabas, parecía haberte sorbido el seso.—«No creas que le hice el amor»—añadías fingiendo una santidad inverosímil... Si yo hubiera sido tonta, hubiera creído que tenías un talento superior

á todos los talentos del mundo, que tus méritos, adquiridos en los Museos y en las Academias, estaban muy por cima de mis sospechas...

Pero no fué así. Sospeché que no me querías porque no era yo como la cantante de París, porque no entendía de los *pre-rafaelistas*, porque cuando me hablabas de Taine y del *Fausto* de Goethe, y de las obras de Mantegazza... el sueño me dominaba, abriéndoseme desmesuradamente la boca... ¡Perdóname! era que no podía contener los bostezos.

Antes de viajar tanto, eras más sencillo, no habías visto nada, pero había en ti fondo. Hoy... tienes en la cabeza un enredo extraordinario de cuadros plásticos que no comprendes. Ahora hablas de cosas grandiosas, pero ni las entiendes ni te fijas en las pequeñas, en las que están á mi alcance. Por eso... llegó á fastidiarme tu compañía, y me sacaba de quicio cuando recordabas á *San Pedro* de Roma, tratándose de nuestra pobre iglesia del *Angel*.

Creí que te hubieras corregido pero... lejos de corregirte empezastes á censurarlo todo. Aquel Parque en donde nos veíamos, en donde gozábamos tanto, que era para nosotros un pedazo del cielo, lo comparabas después con la plaza de la *Concordia* y te resultaba pequeño y pobre.

Cuando me convencí de que ya no te amaba, sentí grandes remordimientos. Pero... si es él el que no debe quererme, si soy yo la anticuada, la que no sabe de nada. Tal vez por eso mismo. Habías perdido, para mí, lo que antes me encantaba: tu sencillez, tu modestia. Lo perdistes todo en Europa; ó crecistes mucho moralmente ó te aplanaron las grandezas de aquel Viejo Mundo. Trabajo me costó el decírtelo, pero al fin te lo he dicho: «ya no te quiero... ¡perdóname!»... No estamos al mismo nivel. No podremos ser felices. . . . .
. . . .

*
* *

¡Pobrecillo! La oía consternado. Ignoraba cuál era el calor de su cuerpo. La ingratitud de su amada le pareció una cosa tremenda.

Su amor propio, herido en lo más íntimo, no le dejó ver que aquella mujer ignorante, á quien mil veces reprendió, tenía más cerebro que él.

Examinó en su corazón qué clase de afecto sentía por ella. No logró entenderse consigo mismo.

Anduvo toda la tarde por las orillas del mar. Quería consultar su situación con las olas encrespadas del Caribe. Miraba con tristeza el horizonte: «Es más allá donde perdí la cabeza», decía conteniendo los sollozos.

Y aquel día... aquel día fué el primero en que se sintió perdidamente enamorado de la que dejó de ser su novia.

(Habana, 1892).

COPOS DE NIEVE

La delicadeza con que París encubre su brutal sensualismo, es cosa sorprendente. Por eso París, en mi sentir, es la capital de las apariencias. Aquí nada es lo que parece ser. Dos amigos van por la calle charlando cariñosamente; al despedirse se abrazan, se besan y se separan entristecidos. «¡Cuánto se quieren!» exclama el que no conozca la gente de esta tierra, y acaso se odien con toda el alma; tal vez el uno tiene relaciones *ilícitas* con la mujer del otro, y con toda seguridad á ciencia y paciencia del marido. Pero, ¡ca! un matrimonio, según estos franceses, debe permanecer unido mientras el divorcio no lo separe legalmente, aun cuando la esposa

sea una *cocotte* empedernida. Sardou nos lo ha puesto algunas veces en la escena. Los novelistas más afamados de *la* Francia sacan á la vergüenza pública, y muy amenudo, esta costumbre vergonzante.

Sin embargo, en París el amor parece ser la razón de todas las cosas. Y acaso no hay nadie que sienta, aquí, las convulsiones de esa esponja, tinta en sangre, que se retuerce dentro del pecho de cada vecino. Acaso aquí la gente se muera ignorando que tiene dentro de sí un mónstruo que se llama corazón.

La palabra «amor» debe ser sustituída por otra más expresiva: «capricho». Una mujer no tiene pena alguna en coronar á su marido. ¿La domina una pasión irresistible? ¿Es víctima acaso de una seducción *deshonesta?* ¡Ca! Ella es la que seduce y seduce por capricho. El hombre ocupa, en París, el lugar de la mujer. La mujer parisiense es más arrojada, más audaz que el hombre.

*
* *

En la *Scala* (café-concierto) se me presentó anoche un caballero bien vestido, guapo, arrogante:

—He sabido que es usted extranjero —me dijo.—Y sé que es usted un extranjero que tiene buen gusto y mucha plata.

—Ha sabido usted mal—le respondí. —Casi no reuno diez francos de capital, y en cuanto á que tengo buen gusto... Mire usted, me gusta mucho Sibila Sanderson.

—¡Oh, lo creo! Pero apuesto á que le gustaría á usted más mi mujer.

(¡Estupefacción!)

—Si usted quiere conocerla—prosiguió sin alterarse en lo más mínimo su semblante—puede usted acompañarme.

Hay que acostumbrarse á estas cosas y á otras un tanto peores. Dos horas más tarde, en una callejuela indigna de París, depositaba yo veinte francos en la mano de aquel miserable que, sonriendo alegremente, me dijo:

—*Merci, monsieur.*

No diré que esto no pase en América;

pero allá es *rara avis* lo que aquí es moneda corriente.

Después de todo, tiene razón el crítico español que exclamaba, con motivo de los que censuran la danza cubana como baile inmoral:

—¿Qué le importa á usted que se prostituya nadie?

Dejémonos llevar de este oleaje de poca vergüenza que todo lo inunda, gocemos de las ventajas que proporciona al viajero, al que viene por conocer á París, y tan sólo á pasar algunos días entre la gente del progreso... y más tarde, cuando lejos de aquí, alguien se jacte de haber visto cosas raras, digamos á voz en cuello:

—Más raras son aún... las cosas de París.

*
* *

... Empujado por una masa informe que *deglute* el formidable pórtico del teatro de la *Opera*, llegué por fin á mi butaca, mientras la Sanderson, haciendo

sentir *lo indefinible* á un público á ratos distraído, á ratos atento, exclamaba, vestida fantásticamente, con los pies al aire libre:

C'est Tahïs, l'idole fragile
qui vient pour la dernière fois
s'asseoir à ta table fleurie...
Demain, je ne serai pour toi plus rien
qu'un nom!...

Lo que priva hoy, en la Opera, es la preciosa música de Massenet, que se desenvuelve con maestría, en *Tahïs*, producción poética de Louis Gallet, inspirada en una novela de Anatole France.

Tres actos, relativamente cortos, desempeñados admirablemente por cantantes de fuerza, y luciendo en ellos su admirable voz, la bellísima Sanderson, que deleita al público parisiense con su gracia y su cuerpo escultural.

Tahïs, para mí, es de lo mejor que ha producido Massenet. Aún me parece ver á la Sanderson, admirable, al terminar la ópera, que muere cantando:

.... Je sens
une exquise béatitude
endormir tous mes maux!
Ah! Le ciel!... je vois Dieu!...

*
* *

Alegre ir y venir de mujeres guapas y caballeros de buen porte, por el *boulevard des Italiens;* algazara que se extiende por el *boulevard Montmartre*, y que se pierde entre las gentes que esparcen el ánimo, sentadas á las puertas de los cafés del *boulevard de Strasbourg...*

—¿Qué sucede en París?

—Nada. Lo de siempre. La eterna fiesta. Las *cocottes* que van y vienen, las cantantes que, al salir de los teatros, después de terminar su tarea, comienzan otra más deliciosa en los cafés, con un grupo de amigos que se las disputan emborrachándose lujosamente con *champagne*.

Y la madrugada, que se desliza con

suavidad, enfriando la atmósfera y convirtiendo á los transeuntes en verdaderos copos de nieve...

(París, 1895).

LA MORAL

CORRIENTE. Estamos en plena época de elevaciones: elevación moral, elevación de la sangre y... elevación de todas las cosas *elevables*... Decía no ha mucho un filósofo á una dama: — Señora, ¿quiere usted que le eleve la moral? La respuesta fué: — No, caballero, porque me elevaría usted la sangre.—Y que no hay caso, desde que los poetas hacen versos con la sana intención de moralizarnos, y en el teatro se ha de santificar á los actores... la paciencia se pierde, el arte anda por los suelos, y el desastre es inevitable.

—No leas *Madame Bovary*.

—¿Por qué?

—¡Jesús! Porque se te baja la moral;

lee las *Reliquias* de Pérez Valencia, para que *se te eleve*.

Y así andamos. Los viernes comiendo de pescado (¡paso á la Cuaresma!); los niños entretenidos en hacer versitos inocentes dedicados á la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; los escritores que pudieran hacer algo de provecho, ocupados en tener derecha *la vela continua*. Y todo esto en beneficio de la moral.

¿Ideal en el arte? Sí, cuidar de que los frailes ayunen y de que los chicos asistan á la escuela, y de que las mamás adoren á los papás y de otras mil cosas que resultan *elevatrices*. Venga el cuentecito de que una vieja se jorobó al pasar por la iglesia X, en castigo de haber mentido. Con este cuento, ya las niñas no vuelven á mentir.

—¿Lo ve usted? El ideal en el arte...

—¿Ha leído usted los estudios de Taine sobre la obra de arte?

—No. Ese caballero está loco...

—Pero...

—Nada, que está loco. Y déjeme usted en paz, que usted es un desmoralizado.

—Gracias.

*
* *

(En el confesonario.)

—Hicistes mal, hija mia. Las mujeres guapas, de ojos negros, de cabello rubio, de formas esculturales y senos provocativos, deben cuidar más que otras de la parte moral, porque es una moral preciosa. A los novios no se les besa; eso trae un desnivel, un desequilibrio del espíritu y... se pierde la gracia de Dios. Sólo son besables el padre y la madre, las hermanas y el confesor. Los novios ¡jamás! Truanes, bandidos, que le bajan la moral á las niñas inocentes. El sacerdote es el Ministro de Dios que cura á los enfermos del alma... Tú vienes á mí, y yo creo salvarte de las llamas del infierno. Pero es imposible que Dios te absuelva sin que le digas cómo fué tu pecado. Hay besos santos, pero hay besos que condenan. Besa á Dios, como

besastes á tu novio. Entonces Dios— representado por mí, que soy su Ministro —podrá absolverte y elevarte la moral.

. . . .

*
* *

(En la librería.)

—¿Ha leído usted esta novela de Pilar Sinués?

—No.

—Pues léala, que es muy moral...

—A pesar de eso, yo preferiría alguna obra de Galdós.

—¡Horror! ¿Usted no sabe que sus libros están prohibidos?

El comprador, irritado:

—No he venido á recibir lecciones de usted; vengo á comprar los libros que me dé la gana.

El dependiente, á un sacristán que se entretiene leyendo la Novena de la Virgen de la Caridad:

—A este hombre no se le ha elevado la moral.

*
* *

(En la redacción.)

—Ese artículo no puede publicarse. Escriba usted algo que sirva de entretenimiento al público, pero que le sea provechoso. Escriba usted sobre los milagros que está haciendo San Expedito; sobre la conveniencia de que se oiga misa todos los domingos y fiestas de guardar... En fin, escriba usted sobre algo que *eleve la moral.*

*
* *

E. P. D. la Señora Doña Moral, que ha desaparecido á fuerza de elevarse.

(México, 1895).

JUAN JOSÉ

El aplaudido drama de Joaquín Dicenta, es una página hermosísima, arrancada del libro *Spoliarium*, y puesta en escena con maestría y talento. El autor, caído á los pies de *Los irresponsables*, se levanta majestuoso en *Juan José*, para colocarse á la altura de los primeros dramaturgos españoles. El cuadro social desarrollado en este drama, da la medida exacta de lo que piensa y siente Joaquín Dicenta. No ha buscado el argumento de la obra en las altas clases aristocráticas; no lo ha buscado tampoco en las medianías sociales, entre las gentes que amontonan oro para hacerse de un título que les haga figurar. No; *Juan José* principia en la taberna, continúa

en el presidio y concluye en la casa del concubinato.

El protagonista de este espléndido drama está delineado admirablemente, no decae un solo instante de su manera de ser, no vacila, como suelen vacilar los personajes de Echegaray. Juan José es el mismo en todo el drama. A Juan José lo hemos conocido todos, vive entre los muchos que nacen de la desgracia y por la desgracia mueren. Juan José es aquel que sin madre, sin padre, crece en el mundo sin respeto á nadie, vive desamparado, solo, sin el aliciente de un gran afecto, y cuando ama, cuando conoce á la mujer que llena su corazón, ocupa ésta todo el vacío que en él dejaron la falta de los padres en su niñez, la falta de un protector que le llevara al buen camino.

Juan José adora en aquella mujer, que es lo único que constituye su felicidad. Por ella es capaz de desafiar á toda una generación de titanes. Al fin, es ella la causa de su caida, y Juan José, conde-

nado á ocho años de presidio, es encerrado entre criminales, mientras su ídolo, el amor único de su existencia, vive ricamente con un maestro de obras, el que daba trabajo á Juan José, que era albañil.

A los ocho meses de martirio Juan José recibe una carta en la que le comunican la infidelidad de su querida. Loco de ira y de dolor podía exclamar con Becquer:

Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas,
me apoyé contra el muro, y un instante
la conciencia perdí de donde estaba.
Cayó sobre mi espíritu la noche,
en ira y en piedad se anegó el alma...
¡y entonces comprendí por qué se llora,
y entonces comprendí por qué se mata!

Juan José combinó con un compañero de prisión la manera de escapar; corre á la casa de la infiel, la sorprende vistiéndose para salir de paseo con el amante. Una serie de escenas admirables se desenvuelven en aquel momen-

to. Juan José descarga toda la fuerza de su venganza en los dos seres que le hacían perder la cabeza. Y el hijo de la desgracia, altivo, sereno, ni huye, ni se oculta, ni niega su crimen.

—¡Huir!—exclama—¿Y *pa* qué voy á huir?... ¿Qué libro con huir?... ¡La vida! ¡Mi vida era *esto*... y lo he *matao!*

*
* *

Juan José pertenece al género de las obras que conmueven hondamente al público y deshacen en lágrimas á las señoras de los palcos. Es un drama que se necesita ver en calma, porque aun así, excita los nervios, produce escalofríos y sugiere ideas y pensamientos extravagantes.

El desenvolvimiento de la obra obedece á un plan pensado durante largo tiempo, y los personajes que en él figuran parecen ser el resultado de un análisis psicológico detenido y madurado.

Esos tipos que se agitan en las últimas capas sociales, vivos de genio, arrojados

y prudentes, según les indica su lógica, lógica en bruto, lógica sin cultura, raras veces resultan exactos en la escena, y aun resultando exactos, fastidian, no se adaptan bien á las exigencias del público.

El triunfo de Joaquín Dicenta, por eso, no es el triunfo vulgar, el triunfo del que hace una obra del agrado del espectador. No; el triunfo de Dicenta consiste más que en otra cosa, en hacer aplaudir una obra que su argumento sólo, predispone el ánimo contra ella.

Para escribir *Juan José* no necesitó Dicenta consultar á Tirso ni á Calderón, ni le preocuparon las obras de Lope de Vega, ni buscó indicio alguno en el teatro de Tamayo ó de Echegaray. Dicenta escribió *Juan José* á su manera, como él lo había soñado, haciendo gala de su audacia genial, audacia superior, más atractiva que la del autor de *Las vengadoras*.

*
* *

Se nos viene encima la noche, digo, el verano, y agoniza la temporada teatral.

No hubo en ella más éxito—éxito completo—que el de Dicenta.

Ni Pérez Galdós, ni Sellés, ni... Urrecha intentarán negarlo.

Tal vez, dentro de algún tiempo, los colegas de Dicenta se desquiten presentando obras de verdadero mérito.

Urrecha les perdone... y la *Tiple ligera* les sea leve.

(Madrid, 1896).

APUNTES DE VIAJE

(Á MADRID EN EL «SUD-EXPRESS»)

PASAMOS por Bordeaux y por Biarritz, casi sin detenernos. A la mañana siguiente, llegando á los Pirineos, la voz de un valenciano anunció tierra española. Nos detuvimos largo rato en Irún, almorzamos pésimamente y nos estrujaron la ropa en las maletas, para evitar el contrabando.

—Oiga, joven... ¿y el contrabando del idioma, por qué no lo impiden?—pregunté á uno del pueblo.

—Si no se explica más claro...

—Lo digo porque aquí hay contrabando de la lengua francesa.

—*Caballeré*—exclama un carabinero—le he roto sin querer *le fraqüé.*

Y el *caballeré*, conteniendo la cólera, contesta:

—*Merci!*

—Tenga usted *paciencé* —añade con atrevimiento otro sujeto de los que tienen derecho ahí para registrar... hasta en las narices de los pasajeros.

En Irún noté cosas muy raras: carreras intempestivas, semblantes desencajados...

—Pero... ¿qué le pasa á esta gente?—pregunté al conductor.

—¡Hombre!—me respondió entre grosero y azorado—¿es posible que no lo sepa usted?

—Francamente...

El interrogado no cabía dentro de su pellejo. Se infló varias veces antes de responderme, y yo asustadísimo, á poco me desmayo. Por fin, continuó:

—Pues... oiga usted *(bajando la voz)* que viene en *nuestro* tren S.M. el Rey de Portugal...

Respiré. Comprendí que era cosa de azorarme y también me azoré mucho, y á coro, dije con varios pasajeros:

—¡Oh! ¡Ah! ¡El Rey de Portugal!

* * *

Cuando llegamos á Vitoria, era de noche. No llovía.

En la estación, grupos de guapísimas muchachas, entretenían el hastío *del pueblo*, haciéndole los honores al tren y muriéndose de ganas de visitar á Madrid.

—Estas muchachas — observé — vendrán por conocer al Rey de Portugal...

—¡Cá! —respondióme un viejo entre grosero y azorado.—El Rey de Portugal nos abandonó en Irún... Estas niñas vienen por entretenerse, por ver qué gente va y qué gente viene.

Hacia un rincón del andén, veo una guapísima mujer, enlutada, que me pareció digna de ser más vista.

—Pero... ¡qué hermosa es usted!

—Como que soy de Vitoria...—me respondió con orgullo.

Entablamos conversación.

—Pues yo soy... *esto*—le dije confidencialmente.

—Pues yo soy... *lo otro*—me respondió también en tono confidencial.

—¡Alto ahí!—exclamó un mozo del pueblo entre grosero y azorado dándome un tirón en la manga. Luego llevándome aparte, me dijo:

—Y... no se propase *usté*, porque esa chica es *honrá*, *ná* menos que hija de la señora que *cuía* los retretes.

Dos campanillazos. Un silbido agudo, de locomotora acatarrada.

—Señorito, suba usted, que se queda en Vitoria!...

Y un rato después, el tren corría como un desesperado.

* * *

Hay cosas inevitables. Una de ellas consiste en la conversación de un compañero de viaje.

—¿Y á dónde va usted?

—¿Y de dónde viene usted?

—¿Y qué va á hacer usted?

—¿Y de quién es hijo usted?

—¿Y cuándo se vuelve usted?

Pasado este chaparrón de preguntas que contesté con mi exquisita educación (¡gracias!) pasamos á la parte peor.

—Pues mire usted yo opino que...

—Pues mire usted, yo no opino tal...

—Sí pero ya usted vé que el *Buen Retiro*...

—Pero ya usted vé que el bosque de *Boulogne*...

—Ja, ja, ja...

—¿De qué se reirá este bruto?—pensé olvidando mi exquisita educación.

—¿Conoce usted Córdoba?

—No.

—¿Conoce usted Sevilla?

—Tampoco.

—Pues no conoce usted lo mejor de Europa.

Y entonces fuí yo el que me reí, y como soy algo así como un Cumberland

(adivinador del pensamiento) leí en la frente de mi compañero estas palabras:

—¿De qué se reirá este bruto?

Olvidaba tal vez su exquisita educación.

. . . .

. . . .

*
* *

Una voz:

—¡¡Madrid!!

Otra voz:

—¡Qué alegría!

Un conductor:

—¡Caballeros, salir del tren!

Y yo:

—Pues... no me dá la gana.

Y á poco me acuesto á dormir la siesta.

(Madrid, 1895).

IMPRESIONES

(BARCELONA, 1896).

Después de conocer á Madrid... es preciso visitar á Barcelona. Lo contrario, sería conocer á España á medias. Y yo soy partidario de que las cosas se conozcan completas.

Llegar á Barcelona cómodamente en el express, hospedarse en el Hotel Oriente, y disponerse luego á almorzar... es una dicha suprema, porque no se puede pedir ni más cómodo, ni más barato.

En ese momento, Barcelona parece una ciudad extraordinaria, porque sólo se ha visto de ella lo mejor.

Darse luego un paseo por la Rambla, ver mujeres muy guapas, dejarse rodar

hasta el ensanche, y no detenerse hasta el Paseo de Gracia, es cosa de ir corriendo al telégrafo, y decir á la familia:

«Barcelona es encantadora. Superior á París y á Viena, y... al igual de Londres.»

Un poco aturdido, después, oyendo hablar catalán á todo el mundo, se pierde usted por una de las calles que dan á la Rambla, y se encuentra usted sin saber cómo ni cuando, en un tejido de callejuelas de metro y medio de ancho, tortuosas, feas... y corre usted entonces al telégrafo y se desdice de lo afirmado en el telegrama anterior.

Estas son las dos impresiones que recibe el viajero al llegar á Barcelona.

Cuando han pasado varios días, habrá usted visto mucho bueno y mucho malo. Y podrá formar juicio exacto de la capital catalana.

Y estoy seguro ¡vaya que sí! de que la ciudad de las cuatro barras de sangre, le parecerá una población muy buena, superior tal vez á Madrid, y

muy digna de figurar entre las ciudades hermosas de este continente que, en sentir de un escritor norteamericano, no es más que una dependencia de Asia, desde el punto de vista histórico, y una Península, geográficamente hablando.

*
* *

Pero si quiere usted conservar un buen recuerdo de Barcelona, la población más industriosa de España .. no la visite usted en Carnaval, ó si lo hace, quédese algunas semanas después.

En mi vida he visto una manera de divertirse más sosa.

Todo el placer consiste en el disfraz. Me han contado que algunas familias, meses antes del Carnaval, se preparan de este modo:

—Pepe, tú te disfrazas de orangután.

—Y tú, Cayetana, de Caballero de Gracia. Ya sabes que Juanillo va disfrazado de chula...

Y he aquí el colmo de la diversión en Barcelona.

Las mujeres se ponen trajes de hombre.

Y los hombres de mujeres.

La careta, sólo se hizo para los que van de monos, ó de osos, ó de perros.

Pero, los hombres que se disfrazan de mujer, y son éstos los más, no usan careta. Se quitan el bigote, se dan una lechada en la cara, gastan una tinaja de carmín... y á la calle, á presumir de *guapas*.

Yo no podía ocultar mi asombro.

En el Paseo de la Rambla, todo lo inundaban aquellos machos que se conforman á degenerar en hembras durante tres días del año.

En los cafés, no había lugar de sentarse. Las niñas-machos todo lo invaden, luciendo las pantorrillas.

*
* *

Son las diez de la noche, y por las calles andan grupos de disfrazados cantando canciones más ó menos catalanas.

Una mujer alta, *elegante*, vestida de

encarnado, atraviesa la Rambla de las Flores, con todo el aire de una gran duquesa.

Me acerco, respetuosamente, para admirarla... y es un hombre.

—¿De qué vas *disfrazada*? le pregunto.

—De griega, me responde con la mayor seriedad, continuando su *marcha forzada*.

Lo que me decía un amigo:

—Difícil es distinguir aquí los sexos, en pleno Carnaval...

*
* *

Pasados los días de tales excesos, borradas de la mente las impresiones de esa fiesta horrible, cuando Barcelona vuelve á su vida normal, dá ganas de quedarse por algún tiempo en este trozo español.

En el Ateneo Científico y Literario, se pasan muy buenos ratos, porque á él concurre lo mejor de Cataluña intelectual.

La prensa, discreta, sensata y amante

del progreso, está á la altura de la madrileña.

Á Barcelona la rodean lugares encantadores, propios para pasar largas temporadas, *lejos del mundanal ruido.*

Hermoso espectáculo ofrecen los pescadores de la Barceloneta, ocupados en sus faenas, á lo largo de la playa, esa playa tan agradable, que invita á tirarse en sus arenales humedecidos por las olas del Mediterráneo, mar que á veces parece obra del pincel de un gran artista...

LA GRAN FIESTA

En el pueblo se celebraba una fiesta rarísima. Todo el vecindario, subido sobre las copas de los árboles, encendía luces de bengala y reventaba cohetes. Aquello era interminable. Creo que duraba cuarenta días. Había sujeto que se pasaba los cuarenta días sentado en una rama, á donde le llevaban la comida mientras recibía las visitas.

Trabajo me costó acostumbrarme á tales extravagancias; pero luego, á no ser porque todos los árboles estaban ocupados, hubiera dormido las grandes siestas entre las ramas de algún olivo.

—Nada—me decía un poeta amigo—necesitas ver á D. Sisebuto. Si no le ves, tendrás que irte para la capital con las manos en los bolsillos.

No; no me hacía gracia perder el tiempo de aquella manera, y me resolví á seguir el consejo del poeta.

—¿Está D. Sisebuto?—pregunté en su casa, después de los incidentes naturales.

—No, señor—me respondió la criada, una criada gordísima, que parecía un elefante.—Está en el árbol. Mírele usted *(señalando un eucaliptus que se tropezaba con las nubes)* ¿no vé usted aquél que está allá arriba... muy arriba? Pues ese es D. Sisebuto. Allá recibe las visitas, Suba usted. Con toda franqueza...

—¡Qué bromas gastan ustedes!—exclamé asustadísimo de que me hicieran subir.—¿Cree usted acaso que yo soy algún mono que me permito tales excesos?

El elefante no podía ocultar su asombro.

—¡Este caballero debe estar loco!—dijo tocándome con la trompa.—Todos los jóvenes del pueblo, y hasta los viejos y los genios, suben á esas alturas. ¿Aca-

so se creerá usted mejor que D. Sisebuto?

—Hay que seguir las costumbres de cada pueblo—me decía luego el poeta—y es ese el único modo de hacerse querer. Yo he seguido todas las fiestas tradicionales de esta raza, y ya nada me asombra. D. Sisebuto es una buena persona. Te servirá bien. Háblale de cosas que no entienda; de literatura romana, de poesía épica... y verás qué bien te recibe.

*
* *

Tuve que esperarme á la terminación de la fiesta. Apenas la prensa anunció la *bajada* de D. Sisebuto, fuí á verle.

Cuando le ví... me figuré que aquello no era un hombre. En cueros, como un animal, hundidas sus facciones en montes de pelo que casi le cubrían el rostro... presentaba todo el aspecto de un inmenso puerco-espín.

—Pero ¿este es D. Sisebuto?

—Sí.

Me acerqué al mónstruo para verle mejor.

—¿Y este bruto sirve para algo?

El mónstruo dió un rugido.

—Le ha crecido la barba en el *eucaliptus*—me dijo alguien. Ahora vendrán á afeitarle.

Efectivamente. Cuatro mozos robustos, guapos, armados de grandes palas y fuelles tremendos, se presentaron en la casa.

Acostaron en el patio á D. Sisebuto. Le pegaron fuego. Con las palas, el fuelle y dándole puntapiés, convirtieron en hoguera la superficie de la fiera.

Y de un montón de cenizas, salió D. Sisebuto que parecía un perro chino, tarareando algo indefinible.

—¿Qué canta?—pregunté á una vieja de la familia que presenciaba el acto.

—¡Música de Wagner!—gritó muy contrariada.—Pero caballero ¿qué, usted no conoce la música de Wagner?...

*
* *

Un mes ha pasado. Cuando me ví en Madrid, me figuré que despertaba de un sueño.

—¿Y cómo llegué?...

Pues... como decía el poeta del pueblo: ¡Con las manos en los bolsillos!

Otro poeta, pero de acá, de Madrid, me dijo:

—¡Ah! *(y se reía)* ¡Oh! *(y vuelta á reirse)* ¡las costumbres de los pueblos!

Y yo, que no soy poeta, ante el altar de mis recuerdos, juré... ¡á nadie le importa lo que juré!

PALAU

La curiosidad es santa, debiera decir Zola.

Cuando llegué á Madrid por vez primera, me decían mis amigos:

—¿Quieres conocer el Museo Nacional de Pintura?

—¡No!—respondía yo muy contrariado—antes que otra cosa quiero conocer á...

Y me daba pena decirlo.

Porque... la verdad, temía que se rieran de mí.

—¿Quieres conocer el Buen Retiro?

Y yo abochornadísimo.

—¿El Palacio Real?

Más abochornado aún.

—Pues entonces—exclamó furioso uno de mis *cicerones*—lo que tú quieres es no conocer nada.

Me vi en el caso de decirlo.

Me puse coloradísimo.

Suspiré.

Y por último:

—Pues... yo deseo... pues yo... deseo conocer á D. Melchor de Palau.

Creí que reventaban de risa.

Y me llevaron á conocerle.

—¿Quieres que te presentemos á él?

—No. Gracias. Me contento con verle.

D. Melchor se paseaba por la Carrera de San Jerónimo.

Es alto, usa piocha casi blanca.

Y sombrero de castor.

—¡He ahí al crítico de los *Acontecimientos literarios!*—me dijo uno de mis amigos.

Y aquel dia comí con buen apetito.

***

Por la noche, solo en mi habitación, tirado sobre la cama, la cabeza entre la almohada, y fumándome un pitillo, reflexionaba tranquilamente sobre aquella curiosidad satisfecha.

—¡Vaya!—me decia yo—¡ya conoces

á D. Melchor de Palau!... ¡al gran don Melchor!... ¡al genial D. Melchor!...

Y después de bostezar, continuaba:

—Bueno. Ya lo has visto. Tiene canas. No es esbelto, ni vaporoso, ni gentil. ¿Qué es lo que te encanta de ese genio á quien has venido buscando desde América?

Y, claro, lo que me gusta de D. Melchor, no es el mismo D. Melchor.

Es lo que escribe D. Melchor.

Reflexionemos. ¿D. Melchor ha producido algo extraordinario?

¿Serán extraordinarias seis ediciones agotadas de sus *Cantares*?

¿Otras dos de sus *Nuevos Cantares*.

¡Sí! D. Melchor es un genio. Ahí está su obra *Desde Belén hasta el Calvario*, agotada.

¡Ahí están sus *Carreteras y tranvías!...*

¿Y en dónde dejaremos los *Acontecimientos literarios*, que viene produciendo desde 1888 hasta la fecha, día por día, año por año?

Es D. Melchor hombre de porvenir.

Postrémonos ante el recuerdo de su imagen.

*
* *

Un crítico. ¿Qué es un crítico?

Palau lo sabe.

Palau que ejerce la crítica científica, pero á su manera.

Lo ha dicho él mismo.

Como ha dicho otras muchas cosas.

A poco se jacta, con muchísima modestia, de que sus *Acontecimientos literarios* es el libro mejor de España.

Y yo lo creo.

*
* *

Lo conocí y sacié un deseo, tal vez uno de los mayores de mi vida.

Lo he proclamado genio.

Y usted verá, lector, como á Palau no le va á gustar este articulejo encomiástico.

Porque el demonio es la modestia.

La curiosidad es santa, debiera decir Zola.

LOS MAJOS DE CÁDIZ

ARMANDO Palacio pertenece á la clase de los novelistas que miran la vida á través de una nubecilla color de rosa. Los personajes de sus novelas, que suelen ser reales, gozan de la alegría de vivir, la felicidad les sonríe, ó cuando mucho, la desdicha descarga poco su ira contra ellos. Por eso, las obras de Palacio Valdés, salvo excepciones, suelen ser entretenidas, pero no resistirán las eventualidades de los tiempos. Una obra como *Los majos de Cádiz*, última producción de Palacio Valdés, será leída por gran número de admiradores de *Riverita* y *Maximina;* pero la crítica tendrá que ser fría y rehuirá la ocasión de analizarla detenidamente.

Creo con sinceridad que es esta su novela menos feliz, como creo también que

el público la ha acogido sin ningún entusiasmo. Y en efecto, *Los majos de Cádiz* carecen de los encantos que dieron popularidad á *Marta y María* y *La hermana San Sulpicio*. El público tiene derecho á exigir del Sr. Palacio Valdés obras más completas, de más energía en la idea y vigor en el relato. Su última novela adolece de una languidez soñolienta, y el argumento, demasiado sencillo, está desarrollado sin orden, sin maestría.

En ciertas transiciones se nota una violencia desmedida, y el desenvolvimiento de asuntos sin importancia es en exceso lento.

Soledad y Velázquez, protagonistas de *Los majos de Cádiz*, son dos seres opuestos, contradictorios, y á veces resultan inverosímiles. Primeramente, Soledad, acometida por un ataque de pasión, adora en Velázquez, su querido, arrastrándose á sus pies, mientras éste, orgulloso, altivo, soberbio, con rasgos de persona imbécil, la maltrata, la ofende, la ridiculiza. Soledad, en un momento

de ira, se resuelve á abandonarle. Velázquez la busca, la convence y la hace volver á su lado. Entonces, de buenas á primeras, sin método en la relación de los sucesos, se despierta en el corazón de Velázquez un amor inmenso por Soledad que, á su vez, le cobra odio y siente desprecio por su querido.

Soledad y Velázquez, para mí, son dos tipos inconcebibles, creados sin un procedimiento psicológico, que debe ser en el novelista medio principalísimo para delinear el carácter y la manera de ser de sus protagonistas. No deben éstos desarrollarse al capricho del novelista, porque la humanidad, no es ni puede ser como se le antoje al Sr. Palacio Valdés.

Defecto es también, y grande, la poca importancia que ha dado Armando Palacio á ciertos individuos que en su última obra debieron ocupar un puesto de más interés. Me refiero con preferencia á Manolo Uceda, joven de buena familia, que fué novio de Soledad, hasta que Ve-

lázquez la conquistara llevándosela de querida á una taberna.

El autor llega á olvidarse de Manolo Uceda, aprovechando poco, poquísimo, el partido que pudo sacar de personaje tan simpático. Manolo sigue apasionado de Soledad, hasta que, al fin de la novela, abandonada ésta por Velázquez, que se casa con otra, abandonada también por un nuevo amante que no llegó á cosas mayores (debiendo llegar) por un capricho del autor, le dice que se va con él á Sevilla, y Manolo, que parecía un caballerito muy sensato, le contesta en pintoresco lenguaje que así como el sol que desaparece al anochecer, vuelve á lucir en el cielo con el mismo esplendor, «así sabía yo que tu amor volvería. Porque en este mundo el amor engendra al amor, pero el capricho sólo engendra al hastío.»

Imagino que Palacio no ha querido hacernos creer que Soledad se enamora de Manolo. El autor no aclara este punto. Pero lo que juzgo más imposible aún

es que Manolo creyera en el repentino amor de Soledad.

Lejos de eso, ésta, al ver que Velázquez se casa, debió sentir una gran contrariedad, no porque ame á Velázquez, sino porque, como mujer caprichosa, no debía ver con buenos ojos que su antiguo querido, que tanto y tanto se le habia humillado, se casara con aquélla que, en otros tiempos, la hizo sufrir celos horribles.

*
* *

En cuanto á la forma, *Los majos de Cádiz* es una novela correctamente escrita, á pesar de notarse en ella descuidos grandes y versos inconscientes, muy propios de Pérez Escrich, como:

Las lágrimas refrescaron su alma,
al erguirse de nuevo
había recobrado la calma.

Y como este otro que parece una sonata de Grilo:

.....le despidió.
Pero el mozo le respondió:
aguardo contestación.

Muchos elogios de *Los majos de Cádiz* he de leer en los periódicos. Estos, en materias literarias, ni quitan ni ponen rey. Todo es cuestión de la mayor ó menor amistad que exista entre el bibliógrafo y el autor.

Yo, que no vine al mundo á otra cosa que á decir lo que se me antoje, me afirmo en que *Los majos de Cádiz*, como novela, es indigna de un escritor del talento y de la fama de Armando Palacio Valdés.

Lo siento. Pero la verdad se impone... y los bombos me repugnan cuando no son sinceros.

(Madrid, 1896).

DIVAGACIONES

Ibsen — el famoso noruego — progresará poco entre nosotros. Tenemos un temperamento contrario al suyo, no ahondamos tanto las ideas, y burla burlando, si acaso, solemos echar nuestro cuarto á espadas en materia filosófica. Quien sabe sea yo de los pocos en quienes despierta entusiasmo grande *Hedda Gabler*, y de los pocos que han pasado muchas y largas horas con los dramas del célebre autor del Norte, procurando digerir, lo mejor posible, sus conceptos generalmente engorrosos. Para nosotros, tal digestión es dificilísima: el gusto lo tenemos hecho á obras de otro calibre y de otra intensidad, la forma nos preocupa preferentemente y una producción de Victorien Sardou ó de Echegaray, nos encanta más de lo natural. Acaso algún

crítico sueco, nos llame bárbaros del Mediodia. No niego que lo seamos, pero me parece que cada vecino es bárbaro en su alcoba.

Tengo amigos á quienes les fatiga muchísimo la menos *rara* de las obras de Ibsen, y esto les obliga à ser intolerantes con las magnificencias de *Los aparecidos*.

No resulta—seamos francos—muy provechosa la lectura de los dramas de Ibsen: ellos marcan un surco de tristeza en el espíritu, aun comprendiendo la imposibilidad de su teoria filosófica y atolondran, como atolondra á su manera la célebre *Sonata de Kreutzer*.

Juzgando estas obras, cada una desde el punto de vista que exigen sus tendencias; analizándolas friamente y sin pasión... ¿hay posibilidad en el fin humano que las inspira? No. Estas son obras de genios extraviados, ó grandes talentos nacidos con muchos años de anticipación.

Una grandeza de sentimientos, comprimida en el corazón de estos artis-

tas amargados seguramente por el clima y el medio en que se desarrollan, les lleva á un más allá nada pintoresco, en extremo sutil y totalmente falso. Edifican sobre cimientos de piedra· construyen en un principio, muros de cal y canto, pero mientras más altas llegan sus aspiraciones, los fabrican más débiles, hasta llegar á convertirlos en nubes vaporosas.

Si de estos insignes mónstruos dependiera lo porvenir... ¡qué desdicha! Estamos mal pero... se estaría peor: atormentarían á la humanidad que, para ser feliz, necesita de lo brutal de sus instintos... concluirían con la vida, que es el ideal de muchos locos.

Creo que la sociedad en mucho tiempo, no podrá ser sino lo que es. La degeneración de todas las razas humanas—lenta pero infalible—se encargará de hacerla añicos. Algún día la existencia será imposible. Llegar á un perfeccionamiento moral, es delicioso, pero tan delicioso como irrealizable y absurdo. Nuestros

descendientes serán un inmensa tribu de sabios, enloquecidos por la ciencia y por todas las grandezas del genio, porque llegarán á sentirse genios todos los hombres. Y tratar de poner remedio á los fatalismos de la Naturaleza, es alquilar á buen precio, la celda más obscura y más tétrica de un manicomio.

—Caballeros... ¡no exagerar! —exclamarán algunos optimistas, pero estamos, indudablemente, en pleno decaimiento. Enlutado el horizonte por el pesimismo de los más, vamos á paso rápido á la neurosis. Un siglo... y la neurosis será el estado normal del hombre.

* * *

No hablemos seriamente. Riamos un poco, y cuando mucho, compadezcámonos alegremente de esos desgraciados de mañana, que no han tenido la dicha de vivir en el siglo XIX.

Ellos pensarán que fuimos algo así como unos energúmenos, dudando (¡ingratos!) de que hayamos sido sus as-

cendientes, como dudamos hoy nosotros (¡ingratitud máxima!) de que nuestro primer padre fuera un respetable mono.

—Eran muy brutos aquellos señores —discurrirá un filósofo del año 6000— nosotros no podemos descender de aquellos bárbaros: la vida, les parecía corta, y algunos morían á los cien años de andar por el mundo... ¡Y nosotros, que cuando llegamos á la avanzadísima edad de siete años, nos azoramos de que un hombre viva tanto tiempo!

La prensa de entonces, participará á sus lectores, como extravagante y rarísimo, el siguiente caso:

«Ha fallecido el insigne filósofo (porque filósofos lo serán todos) D*** á la sorprendente edad de nueve años. Estaba decrépito completamente, pero lo sensacional del caso, es que aquel venerable anciano leía sin necesidad de gafas. La suerte le prodigó sus favores, y ha dejado, para recuerdo de su paso por el mundo, ochenta y siete hijos (otros tantos filósofos) y multitud de obras de un mé-

rito especialísimo. Su célebre obra *Orígenes de la humanidad*, en la que pretende probar, hasta la evidencia, que somos descendientes de aquellos imbéciles del siglo XIX, no gustó por lo aventurado del propósito, pero le inmortalizará por el método científico que le sirvió de guía, y sobre todo, por lo brillante de su dicción.»

. . . .

. . . .

Permíteme, lector, que me ría con toda la boca—como suele decirse—de los sabios que vienen, ya que ellos han de poner por los suelos... á los sabios que *nos* vamos.

FIN

INDICE

Obras de M. Márquez Sterling

LITERATURA

Menudencias, críticas.
Quisicosas, sátiras y críticas (agotada).
Escarcha, artículos literarios. *

AJEDREZ

La Estrategia Moderna.
El arte de Philidor.
Ajedrez Moderno. (agotada).
Un poco de ajedrez.
Match con A. C. Vázquez.
Páginas de ajedrez. *
Tratado analítico del juego de ajedrez. *

Las obras marcadas con un * se encuentran de venta en la librería de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, y en la Administración de la *Revista Internacional de Ajedrez*, Infantas, 1, principal.

